

Después de tantas disculpas como da Márquez en su obra para querer justificarse, y para vindicar lo extraño de su conducta, y que quedan completamente destruidas ante la realidad de los hechos, no hay duda que las palabras del señor Frias y Soto son de todo punto enteramente verídicas al decir que el plan de Márquez, de salvar á Puebla y á la capital, sólo era una excusa estúpida y estratégica.

¿Qué consiguió Márquez con su famoso plan?

Puebla se perdió, se perdió Querétaro, y con Querétaro el Imperio; y México sucumbió también.

Es cierto que Márquez supo ocultarse á tiempo para salvar su vida (según corre muy válido el rumor ayudado por Don Juan José Baz) y que apareció después viviendo tranquilamente en la Habana, mientras que el Emperador moría valientemente, pagando con su sangre sus errores, al lado de otros dos hombres tan leales, tan nobles y tan valientes como él, sus generales Miramón y Mejía.

II

El coronel Miguel López y la toma de Querétaro. — Opiniones de autorizados escritores. — La campaña vindicativa de 1887. — El documento apócrifo y los autógrafos de Maximiliano.

Si laboriosa es la tarea de hacer patente ante el público la traición del general Márquez, más laboriosa y más ardua es todavía la de comprobar cómo fué una traición de las más negras la entrega que el coronel Miguel López hizo de la plaza de Querétaro la noche del quince de mayo de 1867.

Y es más ardua y laboriosa esta última tarea, no porque falten las pruebas de la felonía de López, sino porque en 1887, estando á punto de morir el general Escobedo, en su hacienda de Chamacuero, fué entrevistado por Don Ángel Pola, y esta entrevista suscitó una polémica, que dió por resultado:

1º Un duelo entre los generales Rocha y Gayón, resultando herido este último;

2º Una riña callejera entre el Sr Pola y el Sr Agüeros.

Y por último :

La publicación de una supuesta carta de Maximiliano á López en *El Nacional* y que hoy por primera vez se publica en un libro.

Me había propuesto, como antes dije, no hacer de este libro un libro de polémica, ni resucitar pasiones; pero creo que mi deber de hombre agradecido me obliga á dar á conocer cuanto esté á mi alcance para impedir que se mancille la memoria del Soberano.

Creo, repito, que es un deber mío reunir aquí todo cuanto se ha publicado para comprobar la traición de López, agregando asimismo lo más interesante de esa campaña hecha por la prensa en 1887 y que, según tengo entendido, aun no se ha coleccionado en libro alguno.

El periódico pasa, el libro queda vivo para la posteridad.

Como hice en el 1^{er} capítulo de este apéndice, relativo al general Leonardo Márquez, comenzaré por reunir las citas más importantes de autores, de cuya honorabilidad nunca dudaron los mismos enemigos.

Paul Gaulot, en su libro titulado *Fin d'Empire* al hablar de la toma de Querétaro, cita la carta siguiente del capitán Schmidt :

« Llegué al mismo tiempo que S. M. (al cerro de las Campanas) donde estaba acompañado de los generales Mejía y Castillo, del príncipe de Salm-Salm y del 4^o de caballería. Me detuve en lo alto del cerro no conociendo aún nada de

lo que había pasado en el interior de la ciudad. Un momento después llegó el regimiento de dragones de la Emperatriz, mandado por el coronel González. El Emperador preguntó si el coronel había visto al general Miramón, y le contestó éste que Miramón acababa de ser herido tratando de reunir nuestras tropas y había entrado en una casa. Durante este tiempo la línea enemiga se estrechaba del lado del cerro, y todas sus baterías hacían fuego sobre nosotros.

Viendo el Emperador que todo estaba perdido, se dirigió al general Mejía preguntándole si se podía intentar abrirse paso para ganar la sierra. Mejía, después de examinar escrupulosamente toda la línea enemiga le contestó : « Señor, salir es imposible, pero si Vuestra Majestad lo manda, marcharemos, estoy pronto á morir. » Una media hora después nos rendíamos á discreción.

Conducidos á la iglesia de la Cruz, tuvimos allí conocimiento de cómo había entrado allí el enemigo.

Alberto Hans, subteniente de artillería mandaba una pieza en el interior del cementerio de la Cruz.

El coronel López vino á darle orden de retirarla de la trinchera, haciéndola apuntar en dirección de la Cruz, diciéndole que un batallón enemigo estaba detrás y esperaba que estuviera libre el paso para entrar, porque él acababa de rendirse con sus armas. Una vez retirada la pieza, entró el batallón de supremos poderes, con el general Vélez, haciendo inmediatamente prisioneros á todos los oficiales que se encontraban á su alcance.

Una vez encerrados en la Cruz supimos por los oficiales del ejército liberal que hacía más de 15 días que el coronel López estaba en correspondencia con el general en jefe Mariano Escobedo, que este último había recibido la

orden, varias veces, del presidente de la República, de abandonar Querétaro, pero que no lo había hecho por estar en tratos con el coronel López para la compra de la plaza. »

Hasta aquí la carta del capitán Schmidt, pero Gaulot continúa :

« Se ve que el narrador no pone en duda la traición del coronel López; por lo demás esta es la opinión de todos los que han sido actores en aquel drama. Sin embargo, en varias ocasiones se han hecho tentativas de rehabilitación en favor del coronel de los dragones de la Emperatriz, y todavía últimamente el Diario oficial de México publicaba un largo informe del general Escobedo al presidente de la República, destinado á probar que la presencia demasiado cierta de López en el campamento enemigo, algunas horas antes de la entrada por sorpresa de los juaristas en Querétaro, se explicaba por una misión secreta impuesta por el mismo Emperador.

Se comprende todo el interés que tiene Escobedo en aparecer haber triunfado de la resistencia de los Imperiales por otros medios que la traición : así es que sus apreciaciones son *à priori* muy sospechosas. La lectura de todo el informe no es para destruir esta primera impresión, y ciertamente todo lo que en él se dice en favor de López tropieza con objeciones de tal manera fuertes que sería hacer mucho honor á uno y otro el discutir ampliamente semejantes alegaciones.

Por otra parte López era un personaje bastante triste. He aquí respecto á él el testimonio de un hombre de honorabilidad y rectitud á que todos rinden homenaje, el general Woll:

« Yo era presidente, dice, de la Comisión encargada de la revisión de los despachos de todos los generales, jefes y oficiales del ejército mexicano, cuando se presentó Miguel López, y á su solicitud de revalidación le dije que no quería yo, ni debía revisar sus despachos, que él debía saber porqué y deseaba no me obligase á decirselo; la razón de esta negación era que habiendo pedido informes al estado mayor general, se me había hecho saber que López, algunos años antes, había traicionado al gobierno entonces existente, se había desertado y pasado el enemigo. López se calló y se retiró aterrado. »

López fué de los primeros que se unió á la intervención francesa á la que rindió algunos servicios de importancia, notoriamente cuando el combate de San Lorenzo. Él fué quien guió al general Bazaine en su marcha nocturna contra el ejército de Comonfort.

Maximiliano, que tenía más bondad que perspicacia, lo colmó de favores y aún tuvo un momento la veleidad de nombrarlo general, pero su nombramiento fué detenido gracias al paso dado por Méndez, que en nombre de todos sus camaradas vino á exponer al Emperador el efecto desastroso que produciría en el ejército semejante nombramiento, y López no fué general. Puede juzgarse si quería á sus compañeros de armas después de tal aventura y si su corazón ulcerado por el deseo de vengarse había retrocedido ante la idea de entregar á los hombres que le habían dado una prueba tan palpable de su desprecio.

Á medida que el sitio se prolongaba era más y más seguro que terminaría por una catástrofe. Toda ciudad sitiada es ciudad tomada, á menos que un ejército de afuera venga en su auxilio y ninguno venía. La rendición

se imponía segura y López no debía dejar de estar inquieto respecto á la suerte que le esperaba. No se habían olvidado sus proezas en el combate de San Lorenzo y tenía probabilidades de que su elevado grado en el ejército imperial atrajese sobre él la enojosa atención de los republicanos.

No tenía más medio de salvar su vida que entregar la plaza. Parece seguro, según los dichos de los oficiales liberales, dichos mencionados en el relato de Schmidt, que López no esperó los últimos días para ponerse en relación con Escobedo. En todo caso, poco importa que haya visto varias veces al general enemigo ó que no haya tenido con él más que una sola entrevista, lo mismo que haya ido de su propia iniciativa ó enviado por Maximiliano encargado de una misión cualquiera, la cuestión es ociosa porque de dos cosas, una: ó su misión había recibido una acogida favorable, y en esta hipótesis el Emperador hubiera sido beneficiado como él, ó no la hubiera tenido, y entonces él, López, hubiera debido participar la suerte de su soberano y de todos los demás oficiales del ejército imperialista.

Ha habido pues un arreglo particular entre López y Escobedo.

¿ Sin esto cómo puede explicarse que precisamente algunas horas después de su entrevista los soldados juaristas hayan entrado á la plaza sin encontrar resistencia, por el mismo lugar confiado al cuidado de López? Si después de rehusar una capitulación López hubiera vuelto á la plaza siempre fiel, siempre decidido á cumplir su deber hubiera debido redoblar su vigilancia, puesto que, mejor que ninguno, conocía las disposiciones del enemigo.

En fin, último argumento más concluyente todavía que

los otros, el coronel de los dragones de la Emperatriz, el favorito del Emperador, el mexicano culpable de haber hecho derrotar á los mexicanos por el ejército francés en San Lorenzo, no se vió molestadó un momento. ¡ Mientras que eran fusilados los generales, que los oficiales de cualquier graduación eran llevados prisioneros y sometidos á las más duros tratamientos, López ni siquiera huía sino que se dirigía tranquilamente á Puebla provisto de un salvoconducto dado por Escobedo!

Estos hechos indiscutibles hablan más alto que todos los informes y que todos los razonamientos. Ellos atestiguan y prueban la traición de López. »

En el libro *Rectificaciones históricas* del señor Fernando Iglesias Calderón, dice, página 91:

« Al presentarse López en el cuartel imperial era patente su turbación.

La actitud del coronel, dice Miramón, era singular, estaba pálido, confuso y respondía balbuciendo. Maximiliano llegó hasta excusarlo ante sus generales atribuyendo la turbación de López á la tardanza de acudir á su llamado. »

¿ No cree el señor Iglesias Calderón que esa turbación de López no hubiera tenido lugar al ser enviado por su Soberano, puesto que entonces él no tenía culpa alguna y si porque obrando de motu-propio se encontrara culpable si era descubierto?

« Aunque la suspensión de la salida, repite Basch, había sido decidida desde las once, el Emperador no se acostó sino hasta la una. La agitación le impedía dormir. Á las tres hizo que me llamasen. »

« Es incomprensible, dice el señor Iglesias, que Maximiliano haya tenido esa noche esa agitación que le impedía dormir. »

No creo sea tan incomprensible cuando se trataba de tan importante trance como la salida de unos cuantos hombres teniendo que atravesar tres líneas enemigas, echar puentes sobre anchos fosos, huir en medio de un ejército que los había atacado por todos lados haciéndoles pedazos, y pensando que tal vez ni uno solo de los fugitivos podría encontrar su salvación en la fuga! ¿ No son todas estas ideas suficientes para quitar el sueño, no lo son también para estar suspendiendo esta salida de tan dudosos resultados?

Si la misión de López fué por orden del Emperador, ¿ porqué razón éste, al ser avisado que el enemigo está ya en la Cruz, se viste á toda prisa, hace despertar á los oficiales todos que le rodean y sale del cuartel imperial dirigiéndose al cerro de las Campanas, en lugar de esperar en la misma Cruz el ser hecho prisionero deteniéndose por cualquier motivo?

En el trayecto de la Cruz á las Campanas nos alcanza el coronel López, que llega á caballo, pregunta por el Emperador, se acerca y le dice:

« Señor, todo está perdido, vea V. M. la tropa enemiga que viene cerca, pero tengo un lugar donde esconder á V. M. » Á lo que el Emperador contesta con enojo: « Yo no me escondo, sigamos á las Campanas. » Y continuamos nuestro camino, creyendo que López nos seguiría, cuando todo lo contrario vuelve grupas á su caballo y se aleja con dirección á la Cruz.

Un poco más adelante pregunta S. M. por López, y al saber que no nos acompaña sino que se vuelve á donde

está el enemigo es cuando entra la primera sospecha, es cuando se cree que López ha traicionado y no porque antes lo haya visto el Emperador rodeado de oficiales republicanos.

Entonces es cuando se adelanta el teniente coronel Juan Ramírez, á caballo, y corre á avisar al coronel Gayón lo que pasa y que precede al Emperador que se dirige al cerro.

Ya en la prisión, dijo Maximiliano al barón de Lago, ministro plenipotenciario del Emperador Francisco José, que « Márquez era el mayor traidor, que á López tal vez podría perdonarle, pero á Márquez jamás ». Si Márquez hubiera acudido á tiempo á Querétaro no habría tenido lugar la traición de López. Cuando se esperaba á Márquez con refuerzos había probabilidades del triunfo: cuando López entregó la plaza ésta no podía ya resistir. He aquí la razón porqué el Emperador con justa razón consideraba la primera traición de mucha mayor importancia que la segunda.

Después de condenado á muerte Maximiliano dirigió un despacho telegráfico al señor Juárez, pidiéndole que indultara á Miramón y á Mejía. Este despacho quedó sin respuesta — dice el escritor Darán, y Maximiliano dirigiéndose á la celda de Miramón, *se arrodilló* y abrazándole le dió á conocer su petición á Juárez y su resultado. Miramón, sorprendido de la actitud del príncipe, lo levantó diciendo:

« *Yo no tengo nada que perdonaros, señor, muero en mi puesto de soldado y es para mí un honor muy grande ser llamado á mezclar mi sangre con la vuestra. Levantaos, señor, deseched todo temor y que no puedan juzgar nuestros enemigos como un acto de debilidad lo que no es sino una manifestación de vuestro noble corazón.* »

« Es incomprendible, dice el señor Iglesias, por muy bondadoso que se suponga á Maximiliano, que un Hapsburgo se arrodillase ante un hombre que estaba muy lejos de pertenecer á casa real y soberana tan solo porque había dudado de su lealtad ó desoído sus consejos, pero sí es comprensible cuando vá á pedir perdón de su traición. »

Esta duda que le asalta al señor Iglesias y que le hace suponer que un Hapsburgo pedía perdón á un ex-presidente de la República por haberlo traicionado, solo puede caber en personas muy apasionadas, porque Maximiliano, tan noble y tan grande, si bajó su soberbia que jamás tuvo (porque era demasiado inteligente para ser soberbio) fué por haberse equivocado, como tantas veces se equivocó guiado por su bondad, en el conocimiento de las gentes que lo rodeaban.

Esta falta de conocimiento de las personas es muy común en hombres imaginativos y soñadores como él lo era, imposible que se imaginara que existieran hombres tan villanos, como Márquez y López, para quien los había colmado de beneficios y de honores.

Si Maximiliano pidió perdón á Miramón, fué sin duda alguna, no puede dejar de creerlo el señor Iglesias Calderón, porque suponía haber cometido una injusticia al no atender las indicaciones militares del bravo general que murió á su lado, para dar preferencia á las del que vivió tranquilamente en la Habana, muchos años después de haberlo vendido.

En cuanto á lo que dice el señor Darán, respecto á que

Maximiliano se arrodillara, permítame el señor Darán que dude de su aserto. ¿ Quién presenció tal escena ?

Por último, si el Emperador pedía perdón por haber traicionado á sus generales, ¿ por qué no hizo lo mismo con Mejía ? ¿ No estaba éste en el mismo caso que Miramón ?

Volviendo ahora á la vindicación de López, intentada en 1887, muy oportuno creo reproducir aquí, tanto los autógrafos que publicó *El Nacional*, como la carta apócrifa que López dió á conocer para librarse ante la posteridad de la nota infamante de Judas del Imperio Mexicano.

HE AQUÍ EL DOCUMENTO APÓCRIFO :

A los señores General López

*No ofendí á ninguno de los señores
de este ejército por lo que me
hace que para el General
de este ejército me puse en
el estado que se encuentra
en el momento.*

Respecto a lo que

Mayo 1887

Maximiliano

Maximiliano



Teja January 16th 1817

My dear Father,

I received last night the
extracts from the American
papers with the observations
which you made upon the
views entertained in America.
You are perfectly right in
calling these wholly false.

but the... heart of good and
sound judgement in that
quarter of the world (the
same happens in Europe) &
must not be allowed in
to bear any influence on the
line of conduct - and policy
which I hold my duty to
pursue. I will not however,
omit what may in the
course which I trace out for
myself in Bizabo.

I will not advise Mexico

into the hands of the French
as they pretend; nor will I be
an obstacle to the pacification
of Mexico if that can be
obtained by any rupture, so
that we must oblige to
the idea of a Congress, which
must be assembled during
the coming spring, based upon
the most liberal principles,
and with entire liberty of
acting as the majority may
choose.

I am perfectly aware that
some look upon this idea

as useless; others think
that I will never carry it
out, but we must neither
mind the one, nor the other,
but pursue our course with
energy, and above all with
a proper sense of the duty
which we owe to God, and to
our country.

I have no other ambition to
satisfy: if the Congress resolves
that I should continue, I will
do so; if it adopts any
other form of government,
I will submit more

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apldo. 1623 MONTERREY, NEXTECO



cheerfully to the decision
 there myself;
 I wish you to send me
 the papers relating to the
 session of the meeting of the
 Council held yesterday and
 shall expect you this evening
 to transact some business which
 is pending
 At the same time
 I remain
 yours affectionately
 Maximiliano

TRADUCCIÓN DE LA CARTA ANTERIOR

La Teja, Enero 16 de 1867.

MI QUERIDO FISCHER,

Recibí anoche los extractos de la prensa americana con las observaciones hechas por Vd. sobre las apreciaciones que se hacen en América.

Con sobrada razón dice Vd. que son del todo falsos los juicios que allí se forman, pero la ausencia de un juicio bueno y sano en esa parte del mundo (lo mismo pasa en Europa) en nada debe tener influencia alguna en la línea de conducta y en la política que creo en mi deber debo seguir. Venga lo que viniere, no titubearé en el camino que me tracé en Orizaba.

No he de entregar el país en manos de los franceses, como ellos pretenden, ni seré nunca un obstáculo para que se logre su pacificación, si ésta dependiera de mi alejamiento de él; así, pues, debemos apegarnos á la idea de reunir un Congreso en la primavera próxima, que tenga por base los principios más liberales y cuya mayoría debe obrar con entera libertad, como mejor le parezca.

Comprendo perfectamente que para algunos esta idea es del todo inútil, y otros creen que no la llevaré á cabo; mas no debemos hacer caso ni de unos ni de otros, sino seguir nuestros propósitos de una manera enérgica; y sobre todo, tener en cuenta nuestros deberes para con Dios y nuestra Patria.